

DOS CRONICAS

UN ENCUENTRO CON
EDMUNDO VALADES

a July Furlong

Severino Salazar

PODRÍA uno narrar la historia de nuestro encuentro con cada uno de los libros que hemos leído, que forman nuestra modesta o espléndida biblioteca? Me refiero a nuestro primer encuentro físico con un libro. Es decir, la primera vez que lo tuvimos en las manos y cómo se dio ese suceso. Cuando Salvador Castañeda me habló para avisarme del homenaje que se le haría al maestro Valadés, inmediatamente recordé el tiempo y las circunstancias en que por primera vez uno de sus libros y yo nos encontramos. Nuestros encuentros con los libros son muy parecidos a nuestros encuentros con las personas: a veces escogemos, a veces nos escogen. En ocasiones los encuentros suceden de una forma directa y sencilla, otras tienen lugar en los retorcidos laberintos de la peripecia.

Esta noche quisiera compartir con ustedes las anécdotas que forman la historia de cómo llegó a mis manos el libro *La muerte tiene permiso*, de Edmundo Valadés.

Tenía como dos meses de haber comenzado el año escolar en la secundaria donde yo estudiaba en la ciudad de Zacatecas. Allá las clases siempre han comenzado en septiembre para finalizar a principios de junio, ya que los hijos de los campesinos deben pasar el verano ayudándoles a trabajar a sus padres.

Yo estaba en tercero de secundaria y el curso de literatura todavía no incluía escritores contemporáneos. Pero como mi secundaria estaba pegadita a la preparatoria, adonde todos pensábamos pasar al siguiente año, y como conocíamos a casi todos los estudiantes que sí lograban brincar las bardas de la secundaria a la prepa —que además de ser una metáfora era también literalmente cierto; con buenas calificaciones y sin deber materias— estos alumnos de la prepa nos empezaron a pervertir.

No me acuerdo exactamente cómo, pero de pronto comenzaron a circular en mi salón tres hojas tamaño oficio, borrosas; ahora me imagino que estarían mal mecanografiadas y tal vez con manchones y enmendaduras, pero de cuya lectura disfrutábamos mucho, porque la hacíamos clandestinamente, en secreto, en nuestras casas, y las regresábamos al día siguiente para que fueran leídas por otro de los compañeros.

Las mujeres del salón no fueron convidadas a participar en esta aventura. El cuento se llamaba “La grosería”. Y al

final del texto venía el nombre del autor y el del libro donde tenía su origen. El joven maestro de literatura de la prepa era el directamente responsable de esa lectura que, dada su naturaleza de *best seller* juvenil, se había brincado las bardas de la escuela en sentido contrario. Él era un ex alumno del Seminario Conciliar que, tiempo después, cuando nos volvimos sus alumnos oficialmente, nos hizo leer *Las buenas conciencias*, cuentos de Rulfo, de Yáñez y de otros autores cuyos textos nos pasaba en las mismas hojas tamaño oficio; a veces mimeografiadas. En esa época —1964— no había copiadoras Xerox en Zacatecas, y menos librerías. Ese maestro nos debió de haber contagiado su entusiasmo, su amor y disciplina por la literatura mexicana contemporánea; sólo así se explica el hecho de que nos gustara leer los cuentos en copias de máquina o, cuando más, mimeografiadas, que no es lo mismo que leer esos mismos textos en la comodidad y belleza de un libro.

Pero volvamos al cuento “La grosería”. Yo quería leer el libro completo donde tenía su origen ese cuento. Ingenualmente recorrí las 3 o 4 papelerías que había en Zacatecas. Que en realidad se llamaban así porque tenían un rincón para vender revistas, periódicos, cuentos del Pato Donald, útiles escolares y uno que otro libro de texto. Pues lo que ahí se vendían eran sogas, mon-

turas, herramientas para el campo, huaraches y sombreros. Si uno quería ser culto en Zacatecas, en 1964, se metía en grave problema.

En diciembre de ese año mi padre hizo un viaje a México. Le apunté en una hoja de mi cuaderno, con letras bien grandes, el nombre del autor y el título del libro para que me lo comprara. En menos de ocho días y ya casi en las posaditas (allá no se llaman posadas), de sus sacas y cajas sacó la quinta edición de *La muerte tiene permiso*. El misterio y la fascinación comenzaron cuando vi en la portada, sobre un fondo carmesí, que las seis manos dibujadas por Alberto Beltrán se alzaban como para decir “presente” en un salón de clases de escuela nocturna. Había costado seis pesos.

El primer encuentro aclaró el misterio de la portada y aumentó la fascinación por su lectura. Me lo llevé de vacaciones a mi pueblo, al sur de la ciudad de Zacatecas, y lo leí mientras terminaba el año. De regreso a la escuela lo forré con mica, transparente, y lo solté en el salón como si fuera una mariposa, y anduvo de mano en mano el resto del invierno y toda la primavera. Muchos ojos lo recorrieron con avidez línea a línea. Se había convertido en una aventura de principio a fin. Porque hablaba de cosas cercanas a todos nosotros. En la pequeña ciudad en la que asistíamos a la escuela había cabaretes, vecindades, gente como la que habitaba las páginas del libro. Ahí había personajes que tenían nuestra edad, que tenían dudas y deseos parecidos a los nuestros. Conocíamos de sobra a los campesinos,

nuestros padres lo eran. Algunos de esos cuentos tuvieron más resonancia en nosotros, como “Las raíces irritadas”, un cuento que se resolvía de forma pesimista, o “La muerte tiene permiso”, que se resolvía con optimismo; ambos textos tenían la injusticia en el campo como tema. En el primero, una justicia a la que se le hace injusticia; en el segundo, una injusticia a la que se le hace justicia. Y ese otro cuento memorable, “Un gato en el hambre”, donde la sordidez que trae la pobreza material y espiritual estaba representada en ese gato de un pobre: mugroso, horroroso. O ese otro personaje, teporocho, parecido al gato, en el cuento “El pretexto”, tan patético. O la identificación de la mujer con la naturaleza, las imágenes de la naturaleza para describir la sensualidad femenina en “Al jalar el gatillo”. En suma, cada uno de los cuentos nos dijo mucho sobre la vida y el mundo.

Cuando llegó el verano atrapé mi libro para llevármelo a mi casa y que ocupara su lugar de privilegio en mi librero. Se había transformado de tanto volar de mano en mano. Sus esquinas se gastaron poco a poco con el uso; se volvieron ligeramente redondas. Y con el tiempo no ha parado de cambiar. Ha madurado —lo cual no quiere decir que se haya hecho viejo—, cada vez que lo frecuento veo que sus hojas se hacen más gruesas, y una ola, una marea amarilla comenzó a avanzar por tres de sus lados, hacia el centro.

Esta es la historia de mi ejemplar de la 5a. edición de 1964. Desconozco la aventura que tuvieron los otros 7,999

de los que consta dicha edición. Supongo que tienen una parecida.

Y por último, para completar esta crónica, para darle más abolengo a mi ejemplar de *La muerte tiene permiso*, hace menos de una semana le hablé por teléfono a mi padre para preguntarle si se acordaba en dónde había comprado aquel libro que le encargué una vez que tuvo que venir a México. Yo me imaginaba una cuna ilustre como dicen que lo era la legendaria Librería Robredo, la antigua Zaplana o la Librería de Cristal, que era como un gusano de vidrios que se arrastraba, cargado de libros, alrededor de la Alameda Central. No, me dijo, fue en una de esas librerías que estaban en San Juan de Letrán, de las que quitaron para poner las tiendas Milano y los Video Centros.

En mayo de 1987, en Ciudad Juárez, conocí al maestro Valadés. Veintitrés años después de haber leído un cuento de él por primera vez. En ese momento lo escuchaba leer de viva voz, en medio de un calor infernal, un cuento, a un auditorio compuesto, en su mayoría, por alumnos de secundaria y preparatorias de esa ciudad, que habían ido hasta la universidad donde se llevaba a cabo el evento. Era un cuento sobre adolescentes y todo su auditorio estábamos divertidos por el lenguaje y la historia que contaba. Ahí, aquella mañana calurosa, comprendí que el tiempo es circular, o que de plano no transcurre, no existe.

Texto leído en el homenaje a Edmundo Valadés por sus 70 años de vida.

DOLORES CASTRO

El año 1969, cuando comencé a estudiar literatura en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, lo primero que hice fue inscribirme en el Seminario sobre la novela hispanoamericana que impartía una maestra, que ya era una leyenda desde entonces: Rosario Castellanos.

Dos años después se volvió embajadora de México en Israel, y la Facultad perdió una de sus maestras más célebres.

Me acuerdo que la primera semana de clases de aquel 1969 la profesora Rosario Castellanos no asistió a darnos su cátedra. Nos dejó un recado escrito —con su puño y letra y pagado a la

entrada del que sería nuestro salón de clase— donde se nos comunicaba que el seminario se retardaría una semana porque la maestra se había ido a la ciudad de Zacatecas a un congreso de escritores.

Pasada la semana llegó nuestra profesora. En ese entonces ella era todavía

muy austera en el vestir: traje sastre oscuro, pelo muy corto y entrecano, sus labios, como el resto de su cara, sin un rastro de pintura. La primera sesión del seminario se la pasó platicándonos emocionada de lo que había visto y hecho en la ciudad de Zacatecas. En los años sesenta Zacatecas era un lugar muy lejano, casi desconocido para el resto del país. Nos habló del viaje por tren al lado de Juan Rulfo. En esos años los aviones todavía no tocaban el suelo zacatecano, pasaban muy alto. Y también nos platicó de lo preocupado, de lo aterrorizado que se encontraba Juan Rulfo, ya que durante el viaje se había enterado que acababan de otorgarle el Premio Nacional. (Empezaba a levantarse la enorme ola de reconocimientos a la obra del más grande escritor mexicano). Y Rulfo, tan callado, estaba en un grave predicamento, pues tenía que escribir algunas palabras para agradecer el premio ante el Presidente de la República.

Rosario Castellanos, entre asombrada y risueña, nos confesó que no entendía por qué el hombre que había escrito la novela mexicana más hermosa no podía escribir ahora una cuartilla dando las gracias. También esa tarde nos habló de las calles de Zacatecas, de los silos que había pintado Goitia, del mercado junto a la catedral y de la catedral misma. Ahora no sé si aquella era la primera vez que la profesora visitaba la ciudad, pero en un momento de la conversación dijo algo que aún recuerdo con su timbre de voz y casi literalmente. Dijo: "Rulfo y yo nos preguntábamos por qué no había novelas sobre Zacatecas, sobre esa ciudad. Ni Mauricio Magdaleno (escritor zacatecano) se ocupó de ella. La única que existe es *La ciudad y el viento*, de Lolita Castro. De ahí en fuera... Nada".

Ese mismo día me dediqué a buscar el libro (con lo obsesivo que soy tratándose de libros) y encontré el último ejemplar en la Antigua Librería Zaplana de San Juan de Letrán. Estaba editado por la Universidad Veracruzana en 1962, y seguramente su autora lo había escrito en los años cincuenta. Debo confesar que me dolió un poco no encontrar el nombre de la ciudad con todas sus letras. Pero la ciudad estaba ahí

de todos modos. El lector podía reconocer el espacio fácilmente, el clima, la luz, todo. Había (hay) escenas en la catedral, conversaciones bajo sus naves. La cañada, el cielo cruel y la tierra colorada. Las escalinatas de la ciudad. Sus conventos de piedra rosada. Sus cúpulas y torres. En suma, la compleja textura de la ciudad. Y esto aunado a la otra textura: la de los seres humanos que la habitan, sus nombres tan de esta tierra. Y algo muy importante: nos enseñaba que esta ciudad debía abordarse con un tono poético. Sólo así se podía aprehender esta ciudad. Descu-

brí que la autora es un poeta. Y le agradecí que me mostrara mi ciudad con su óptica.

Aunque ya antes las novelas mexicanas habían pasado por la ciudad, pero sólo se habían asomado a ella como turistas, iban de pasada y con mucha prisa, y, con otro rumbo, se quedaban ahí muy poco tiempo. La ciudad de repente aparece en novelas de la Revolución: de sus cañadas escurren tropas y a ella llegan trenes repletos de revolucionarios. "La toma de Zacatecas" aparece en muchas novelas y, por supuesto, en la más grande de éstas: *Los de abajo*.

Pero antes de 1962 nadie, que yo sepa, se había detenido en ella para esculcarla y analizarla tan poéticamente como Dolores Castro en su novela.

Esta tarde vengo a agradecerle a Lolita Castro (y me tomo el atrevimiento de llamarla Lolita porque Rosario Castellanos así nos presentó a su obra por primera vez), sus enseñanzas y la inspiración que me ha dado su obra. Lo que yo he hecho sobre esta "nuestra ciudad" arranca de *La ciudad y el viento*. Al grado que cuando terminé mi libro de cuentos sobre Zacatecas, me valí de un querido amigo mío para ir a Jalapa, a la Universidad Veracruzana a ofrecerles la publicación de mi libro; deseaba que saliera en la misma colección en la que se había publicado *La ciudad y el viento*. Quería que el mío y el de Lolita fueran de la mano, pues uno era hijo del otro, debían vivir en la misma casa.

Lolita primigenia, Lolita pionera, reciba mi sincero y humilde homenaje. Y también los escritores que más recientemente se han ocupado de esta ciudad, como son Rafael Ramírez Heredia, Mempo Giardinelli, Eduardo Lizalde, etcétera.

Últimamente he leído muchos cuentos, relatos y novelas sobre Zacatecas. Y he escrito algunos también. Pero siempre he tenido como referencia aquel mi primer encuentro literario con esta ciudad. Es por eso que esta tarde quiero hacer patente a la autora de esa novela, que conozco desde hace un poco más de veinte años, pero que hasta hoy tengo el gusto de conocer en persona.

Texto leído en la Semana Cultural de Zacatecas, 1991.

